

## LECCIONES DE TEOLOGIA POPULAR

por el mismo Autor.

- 1 La Biblia y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.—A 6 cénts.
- 2 Ayunos y abstinencias: La Bula.—A 6 id.
- 3 El matrimonio civil.—A 9 id.
- 4 El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad.—A 9 id.
- 5 El purgatorio y los sufragios.—A 8 id.
- 6 El culto de San José.—A 5 id.
- 7 El culto de María.—A 8 id.
- 8 El Protestantismo, de dónde viene y á dónde va.—A 20 id.
- 9 El culto é invocación de los Santos.—A 8 id.
- 10 Efectos canónicos del matrimonio civil.—A 10 id.
- 14 Misterio de la Inmaculada Concepción.—A 6 id.
- 42 El púlpito y el confesonario.—A 13 id.
- 43 El Padre nuestro.—A 15 id.
- 44 Las penas del infierno.—A 15 id.
- 45 La gloria del cielo.—A 15 id.

Por cada diez ejemplares que se tomen de estas obritas se dan dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Cals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino 5, Barcelona.—1899.



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.


---

*Es propiedad.*

---

## PROPAGANDA CATÓLICA

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.



Los ocho tomos de esta importante obra, que con tanta aceptación viene publicándose, contienen las materias siguientes:

El tomo I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera*; el II, Opúsculos varios; el III, Un año sacro ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano; el IV, Más opúsculos; el V, Artículos

R. 3531113

12  
65536

# ¡SE VA Á ESPANTAR EL ENFERMO SI LE HABLAN DE SACRAMENTOS!

---

**B**UENO: perfectamente: que se condene vuestro enfermo sin espantarse, si os parece mejor.

—¡Jesús! ¡Librenos Dios!

—Pues bien, es preciso que llame al sacerdote y arregle con él las cuentas de su conciencia, si á eso no se quiere exponer.

—Pero, ¡y si se espanta!

—Pero, ¡y si se condena!

—Decidme: ¿no es recia cosa tener

que darle á mi esposo este mal trago de que claramente comprenda que va á morir?

—Decidme vos también: ¿no es terrible cosa ver como se dirige con los ojos vendados este vuestro esposo hacia un precipicio en el cual sin remedio se va á despeñar?

—Comprendo; mas ¿quién, amándole como le amo yo, tiene valor para causarle impresión semejante?

—Es verdad; pero ¿quién, amándole como le amáis vos, puede consentir á sangre fría que tan sin preparación alguna se eche él de bruces en el espantoso abismo de la eternidad?

—Es que ¡caramba! ¿sabéis vos, por ventura, si está en pecado mortal?

—No, por cierto, pero escuchad: ¿sabéis vos acaso si está en gracia de Dios?

—Y ¿quién os dice que esta pala-



brilla de Sacramentos que le voy á decir al oído no le cause una impresión tal, que le agrave la enfermedad y apresure su muerte? Por nada de este mundo quisiera yo cargar con tal remordimiento.

—Y ¿quién os dice á vos que ese silencio vuestro y esta vana contemplación no los ha de pagar dentro poco el enfermo con la condenación eterna? ¿Os parece flojo remordimiento el que con esto echáis sobre vuestra conciencia?—

Tales diálogos se tienen y tales angustias se pasan, amigo lector, en varias casas del día cuando á un individuo de ellas, puesto en peligro de muerte por grave enfermedad, se le ha de hacer la indicación de que reciba los Santos Sacramentos. De familias católicas hablo, y á éstas solas me dirijo hoy, porque en las que no son

católicas no suceden nunca tales escenas ni se sostienen tales altercados. En éstas muere cada uno como el diablo mejor le da á entender, sin tener en cuenta para nada el alma ni la eternidad. De tales infelices se ve la muerte como se ve la del perro ó del caballo. Nadie compadece en ellos más que los dolores físicos que afligen su cuerpo. No se suele pasar más allá. Pero en las familias en que no se ha perdido del todo la fe, por más que algo se haya entibiado, hay en estos casos amarguras indecibles, vacilaciones crueles. Lucha la razón cristiana que manda procurar la mayor seguridad posible para el alma del enfermo, con la humana prudencia ó la sensibilidad carnal que rehuye afligirle con la idea de que va á morir. ¡Y cuántas veces ¡ay! ese linaje de amor mal entendido habrá hecho que sean eterna-

mente desventuradas en el infierno, almas pecadoras á quienes la palabra verdaderamente amiga de un buen cristiano habria proporcionado en aquel trance los medios de salvación! ¡Cuántos infelices maldecirán por toda la eternidad ese inhumano cariño que les negó una tabla salvadora en su naufragio, sólo por no decirles al oído: «Mira, hijo mio, que se te hunde el barco; agárrate á la tabla, que vas á naufragar!» ¡Cuántos por no morir espantados arderán eternamente condenados!

Pero decidme, ¿es verdad que se espanten tanto los enfermos cuando, en la hora de la muerte, se les habla de confesión? A mí me parece más bien aprensión de los sanos que otra cosa alguna. He presenciado de cerca muchos de esos casos, y casi siempre he notado más impresión en la familia

que en el verdadero paciente á quien tal noticia se acaba de comunicar. Como se empleen en eso las formas prudentes y suavizadas, que no prohíbe, sino antes aconseja, la caridad cristiana, he visto enfermos, nada fervorosos en estado de salud, aceptar la proposición de que se les administren los Santos Sacramentos, no sólo sin terror, sino con verdadero consuelo. Desengañémonos. No se siente ni se discurre en grave enfermedad como en los momentos ordinarios de la vida. El corazón del enfermo, salvo en raras excepciones, está muy otro cuando le rodean las incertidumbres de una dolencia grave; que cuando en plena salud le sonreía todo y se sentía él, en su ilusión, fuerte y vigoroso hasta para habérselas con Dios. El alma, ha dicho Tertuliano, es naturalmente cristiana, y á medida que se va ale-



jando de ella la mentira del mundo, se reconoce más y más acentuada en ella, esta que llamaremos su natural cristiandad. ¡Pobres enfermos! Se les juzga falsamente por los hábitos y antecedentes de su vida, cuando de ordinario es tan trocada la situación de su espíritu, que una palabra hábil y cristiana que se les dijese hallaría inmediatamente eco en ellas y produciría las más generosas resoluciones. ¡Hablad, por Dios, en estos casos! ¡Hablad! Pero hablad con el acento del alma, con la elocuencia de la fe, no con frías fórmulas aprendidas. El terreno está blando quizá, más blando de lo que hace presumir su aparente superficie. ¡Hablad de Dios, de su misericordia infinita, de los consuelos con que aún acá recompensa el arrepentimiento! ¡Cuántas veces un ¡ay! que sale del profundo de aquel corazón

entristecido os revelará que la dureza no era más que exterior, y que sólo necesitáis romperla con cierta discreción para dar con la secreta vena de las lágrimas purificadoras que han de lavarla y fecundizarla! Repito que la grave dificultad que en tales casos hay que vencer más la ofrece la familia que el mismo paciente. ¡Malditas preocupaciones carnales que se interponen entre Dios y el alma, que tal vez no tiene otro obstáculo que éste para efectuar su reconciliación!

Oid, amigos míos, oid bien y haceos cargo de las razones que voy á someter á vuestra consideración.

¿Teméis espantar al pobre enfermo indicándole la conveniencia de que se prepare con los Santos Sacramentos ante la perspectiva de un funesto desenlace que pudiera tener la enfermedad? Está bien. Pero, decidme: ¿por

qué no guardáis igual consideración ó regla de humana prudencia cuando se trata de otro requisito, en que no le va al pobre enfermo la suerte de su alma, sino en que os va á vosotros el aprovecharos ó no de su herencia? Comprenderéis perfectamente que hablo del testamento. ¡El testamento! ¡Oh! ¡cuánto y cuánto da que pensar esta cuestión á los hijos ó sobrinos del paciente, si éste por su desdicha tuvo en vida algunos cuartos de que poder disponer en la última hora! Allí son los cabildeos y negociaciones, allí las llamadas é indirectas, allí el rodearle todos al infeliz como quien le pone apretado cerco á una plaza codiciada. ¡Que haga testamento, por Dios! ¡Que no muera sin hacer testamento! ¡Que al menor síntoma fatal se llame aprisa y corriendo al notario y testigos para que de un modo ó de otro le saquen

al enfermo su última voluntad! Y cuidado si es cosa triste hacer testamento. Todas las frases de él expresan la idea de separación, de abandono, de renuncia completa de aquellos bienes que se poseyeron hasta entonces con tanto amor. Hacer testamento en el lecho de muerte es una como anticipada posesión que se da á los deudos y amigos de lo que constituyó hasta entonces el patrimonio propio. «Mando á fulano tal finca; mando á zutano tal renta, mando á mengano tal joya:» ¡oh tristísimo reparto el que ya en vida hace aquel desgraciado! He visto varias veces hacer testamento en la última hora, y siempre he mirado este acto como el preliminar más doloroso de la sepultura.

Y sin embargo, ¿quién vacila en decirle claro al padre ó al marido que es preciso decidirse á llenar esta forma-

lidad, si de no hacerse se pierde un mezquino interés? No he visto jamás, desde que ando en estos asuntos, caso alguno en que, conviniendo á la familia, haya dejado de hacer testamento el enfermo por no haber habido quien se atreviese á proponérselo. Claro está. ¡Como de no hacerlo se expone una tal vez á perder la herencia del desdichado! Que pierda él su alma muriendo en pecado mortal, es cosa á que se resignan fácilmente sus hijos y amigos, y por eso no le quieren espantar. Pero que por no espantarle se queden ellos sin patrimonio... ¡Oh! hasta tanto no suele llegar el cariño filial. Se rodeará, pues, el lecho del moribundo; se le entablará con mil rodeos y exordios la proposición; se le presentará ante los ojos la figura seria y escueta del notario; se le harán inexorablemente las preguntas de ordenanza,



que no pueden ser más amargas, y se le hará que diga hasta el punto en qué desea ser sepultado y qué honores desea para su cadáver y qué sufragios para su alma, esto quizá hasta se le regateará; se pondrán tal vez á discusión en su propia presencia los derechos y merecimientos de cada uno, preludiándose ya ante sus propios ojos, vidriados por la agonía, disensiones y rencores que han de estallar por los malditos cuartos así que dé el infeliz la última boqueada; llorarán los unos y gimotearán los otros, alegarán todos sus afectos y servicios, hasta que se le pondrá al desventurado la pluma en la mano para que firme entre congojas y trasudores aquella renuncia de todos sus bienes, que viene á ser como firmarse él mismo su propia cédula de defunción.

¡Oh! así se otorgan mil veces los

testamentos en la última hora: otorgadlo, amigos míos, en plena salud si queréis ahorraros para entonces tan enojosa tarea. Pero decidme, ¿quién, por buen hijo que sea, por buen nieto ó por amante esposa deja de meter en tales aprietos al padre, al abuelo ó al marido, si á costa de ellos ha de quedar asegurada, no el alma del que se va á la eternidad, sino la posición del que se queda aquí una temporada más á gozar de sus despojos?

¡Oh hijos! ¡oh esposa! ¡oh parientes todos! No exigiré que por cariño al enfermo á quien amáis, dejéis de asegurar en lo posible vuestro porvenir con esta tristísima pero indispensable formalidad legal. ¡Pero ¡por Dios! si amáis, no miréis solamente por vuestra posición material, mirad por la posición eterna del pobrecito enfermo que os lo da todo, os lo aban-

dona todo, pero que de ningún modo podéis consentir muera como un bruto animal! ¡Ya que exigís que disponga de sus bienes, haced que disponga también de su pobre alma, y que la deje en manos de Dios arrepentida y reconciliada! ¡Mirad que es hombre y no bestia, mirad que es cristiano y no gentil, mirad que lleva sobre su frente el sello del bautismo, mirad que no en vano consta como hijo de la Iglesia en el registro de la parroquia! No permitáis que muera sin la bendición de esta buena Madre, única que tiene consuelos para hora tan lúgubre, única que da la mano cuando nadie puede ya darla, hasta la tumba y más allá, hasta la misma eternidad. ¡Diréis que no piensa él que vaya á morir! Pues, peor para su alma, mil veces peor que se encuentre así de repente, con sus crímenes y

todo, en manos de Dios vivo, sin haber podido articular una palabra pidiéndole perdón, sin haber podido enviarle de su pecho un suspiro de arrepentimiento.

¡No sabe que va á morir! Es decir, está á orillas del precipicio eterno y no sabe que va á caer en él! ¡Traidores! ¡asesinos! por tales os tendría el mundo si viendo á un prójimo vuestro en tan inminente peligro de despeñarse no le gritaseis: ¡Alerta! ¡Alerta! con todas las fuerzas de vuestro pulmón. ¡Traidores! ¡asesinos! ¡Se condena tal vez aquella alma pecadora, y tanto como sus culpas le abre el infierno vuestro silencio criminal! ¡Responderéis de ella en la presencia de Dios, como si vosotros mismos la hubieseis hundido con vuestras propias manos en los profundos abismos! ¡La sangre de Abel clamaba desde la tie-

rra venganza contra el fratricida Caín; el alma de vuestro prójimo la pedirá contra vosotros desde los horrores de su desventura! ¡Traidores á los santos deberes de la sangre ó de la amistad! ¡Asesinos de aquella alma á la cual arrebatáis tal vez la eterna bienaventuranza! Terrible será vuestra responsabilidad en la presencia de Dios.

A. M. D. G.



político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el Periodismo y la Propaganda; el VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias, el VII, Nuevos opúsculos; el VIII, Varios artículos de permanente interés para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.º, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecha a propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela con plancha dorada. La colección de los ocho tomos publicados, 32 ptas. en rústica, y 48 en tela. Tomando diez ejemplares se dan dos gratis en rústica, ó uno si son encuadernados. En preparación el tomo IX. Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.